

Entre tradición e innovación: el futuro de la universidad

La importante distinción de la que goza la Universidad Santo Tomás de ser el claustro más antiguo de Colombia (fundada en 1580) viene de la mano con un desafío permanente: ¿cómo evitar que esa larga historia que tiene tras de sí se convierta en un pesado blasón que la lleve a la inmovilidad y, por ende, a rezagarse frente a los cambios vertiginosos que plantea la educación en la época actual? En otras palabras, ¿de qué manera garantizar que su presencia sea hoy todavía sinónimo de vigencia y de relevancia en el ámbito educativo nacional? Ciertamente, para una universidad de tan vieja data, así como ocurre a toda institución que hunde sus orígenes en momentos y contextos históricos distantes del presente, la tentación podría ser grande de quedarse con la vista vuelta hacia el pasado, rememorando épocas antiguas y cultivando las que fueron sus calidades iniciales, para terminar olvidando en el camino la necesidad de hacerse contemporánea con el presente. No obstante, en la pregunta misma puede hallarse el camino de la respuesta. Precisamente, la prueba de que la Universidad ha contado con la fortaleza para ir al ritmo de los cambios y para responder a las nuevas demandas de la sociedad, es el hecho de que ha permanecido viva durante varios siglos, y que ha sabido ser testigo y agente activo en las profundas transformaciones de nuestro país. De modo que en lugar de ser su historia un motivo de preocupación frente a la capacidad de adaptación que pueda demostrar en el momento actual, es por el contrario esa misma historia la garantía de su fuerza vital. ¿De dónde ha provenido entonces dicha fuerza? ¿De dónde seguir extrayéndola para hacer frente a un mundo como el que estamos viendo en este momento, transido de cambios tan grandes y acelerados?

Es muy posible que la respuesta se encuentre en la profunda convicción humanista que ha guiado a la Universidad en distintas etapas de su longeva existencia. Con tal convicción nos referimos al compromiso que, en cuanto institución educativa y católica, ha sabido mantener y fortalecer con la defensa del valor y del potencial de los seres humanos. Ciertamente, la concepción del ser humano como *persona*, esto es, como ser dotado de trascendencia y de dignidad intrínseca, visión que está en el núcleo mismo de la doctrina cristiana, es sin duda la luz que la Universidad como faro proyecta a la sociedad, y la que ha orientado hasta ahora las decisiones que han conducido su evolución. Mantener vivo ese compromiso ético y social

con el lugar central que las personas deben ocupar en el mundo es, en mi opinión, la clave para que la Universidad Santo Tomás haya jugado durante tanto tiempo un papel importante en la escena de la educación superior en Colombia. Pues no hay tiempo alguno en el que no sea necesario volver a renovar este compromiso primero. De hecho, no hay quizás un momento en el que tal visión sea más necesaria que el que estamos viviendo en este s. XXI. Un siglo que, en lo que lleva corrido, se caracteriza por las crisis ecológica, económica, política, social, etc., que se han hecho más y más agudas. ¿Cómo garantizar entonces el florecimiento de las personas en medio de una catástrofe ambiental que amenaza con provocar tanto sufrimiento en las generaciones presentes y futuras del planeta? ¿Cómo contribuir para que las personas puedan conservar y reparar un mundo natural que corre cada día más el riesgo de la devastación? ¿De qué manera avanzar en las transformaciones económicas, políticas y sociales que son necesarias para reducir las brechas y la desigualdad, de forma que se garantice a todas las personas el goce de sus derechos y se las eduque en la responsabilidad en el cumplimiento de sus obligaciones y deberes? ¿Cómo hacer que se piense en las personas cuando se definen modelos de desarrollo tecnológico que, al tiempo que prometen un gran progreso y bienestar material, no carecen de peligros por los efectos de deshumanización y desintegración social que pueden acarrear? Mientras la Universidad Santo Tomás asuma la tarea de cuestionar, proponer e impulsar procesos de producción de nuevo conocimiento, de creación artística y cultural y de innovación tecnológica, teniendo siempre en el centro de la mira – como lo ha hecho de manera fiel a lo largo de su historia –, su compromiso con las personas y con su dignidad, no parece posible que la institución pierda su vigencia y su relevancia en el mundo actual. Antes bien, es con esa brújula como ha sabido navegar los tiempos cambiantes y seguramente sabrá hacerlo una vez más ante los retos de este nuevo siglo. La tradición no es una simple y estéril repetición de viejas fórmulas, sino la capacidad de las viejas fórmulas de revitalizarse de maneras nuevas en cada nuevo momento.

Diana M. Muñoz G.
Profesora Asociada
Facultad de Filosofía y Letras

